



10-16 - XII - 69

Guillermo  
Blanco

## Los terribles lanzados

**U**NA DE las preguntas que más resuenan en nuestro medio es: "¿A dónde vamos a parar?" Y, detrás de ella, ¿a dónde vamos a parar con tanto tipo lanzado, lleno de ideas raras y de complejos revolucionarios y afán de innovación? ¿Hasta cuándo vivimos poniendo en duda —cuestionando— cuanto existe o podría llegar a existir?

Es mucha la gente que anhela tranquilidad.

Cualquier tranquilidad.

El experimentar continuo, el criticar sin tregua los inquieta. Dicen: "Queremos vivir en paz". Dicen. En el fondo, tal vez piensan sólo en sobrevivir sin alteraciones, positivas o negativas. El trasplante cardíaco que reclaman especialmente los jóvenes —o sea, colocar el corazón en el lugar que al corazón le corresponde—, los llena de terror, y de partida manifiestan síntomas de rechazo.

"Cortémosla con tanta rareza", filosofan.

"Dejémonos de tanto modernismo".

Hechos a la mentalidad del "compre esto", "compre aquello" y sea feliz, triunfe en la vida, influya sobre los demás, no logran amoldarse a una época que no sólo duda de la felicidad en lata, sino que aspira a algo que —de palabra por lo menos— suena más profundo. Exige. Incomoda. Friega. Es distinto pagar por un frasquito de In-tex para sentirse en onda de revisar, por ejemplo, si nuestra sociedad es justa, nuestras instituciones operantes y nuestra participación real.

O sea, útil.

**Q**UE HACER, sin ir más lejos, con un tipo a cuyos ojos "quien posee autoridad tiraniza al resto: maridos, padres, maestros, magistrados que viven según la carne, se comportan como amos opresores con los que están bajo ellos, sin saber que éstos son semejantes suyos, y cada cual tiene el mismo privilegio, igual derecho a compartir con ellos los beneficios de la libertad?"

¿No es para tanto?

Bueno. ¿Qué hacer, entonces, cuando el autor de esas líneas sostiene que Dios "es el espíritu incomprensible, la Razón", y agrega que ella —la Razón— "se alberga en toda criatura, de acuerdo con su naturaleza y su ser, pero por encima de todas en el hombre?"

Menuda pega para el hombre: ser racional.

Porque el amigo no se queda ahí: "Que la razón gobierne al ser humano, y no abusará de sus semejantes, sino que actuará como quisiera que ellos actuarán con él. Pues la razón le dice que si su prójimo padece de hambre o desnudez hoy día, y tú lo alimentas y lo vistes, puede ser que mañana él esté pronto a ayudarte".

Tal vez parezca que hasta aquí el autor se queda sólo "a nivel de Iglesia Joven".

Va más allá. Afirma que todo poder corrompe, sea económico o político. ¿Antídoto? La libertad. "Dejemos a todos los hombres decir lo que quieran: mientras haya amos que llamen suya esta tierra y conserven esta particular forma de posesión del mío y el tuyo, la simple gente nunca será libre, ni se eliminarán problemas, opresiones y lamentos".

El lanzado se atreve, incluso, a profetizar: "El día en que esta ley de equidad impere en todos, nadie reclamará por suyo a nadie, ni dirá: esto me pertenece a mí, esto a ti, sino que los bienes se trabajarán en común y nos beneficiarán en común... Y la tierra entera será bodega de la humanidad entera, porque ella pertenece al Señor".

Flauta, ¿no?

**E**L MODERNISTA sigue de mal en peor: "Porque sin duda este particular tipo de propiedad del mío y el tuyo ha acarreado toda clase de miserias al pueblo. Ha impulsado a la gente a robar y a dictar leyes para castigar el robo. Juzguemos si esto no es demoníaco".

Completemos la historia. El tipo no se queda en las declaraciones. Encabeza un movimiento para trabajar tierras sin dueño. Una legión lo sigue. Cavan y siembran. Han unido la acción a la palabra, como decían en las antiguas novelas.

Y, por cierto, fracasan. A pesar de que detestaban la violencia, la provocaron. Los defensores de la ley y el orden y —sobre todo— de la tranquilidad, los hicieron desistir, con sólidos argumentos, de su intentona.

**D**ESPUES fue el silencio.

Ya nadie, casi, se acuerda del ideólogo modernista y sus secuaces. Uno y otros yacen en el olvido, como también ponían en las novelas esas.

Tal vez ello justifique indicar de quién se trata, y cuándo ocurrió el atentado. El nombre del iluso: Gerard Winstanley, ex comerciante londinense en artículos textiles. La fecha de su experimento: entre los años 1648 y 1649. Ya para 1650, el asunto era obsoleto, o como se llamara entonces.

Tranquilizador, ¿no es cierto?

¿O no? ■